

El gallo

Eduardo Arochi Tinajero



Capítulo 1

Durante miles de años el hombre, a través de un lento proceso de selección, ha domesticado toda clase de plantas y animales con propósitos funcionales y formales. Ha logrado, por así decirlo, crear nuevas formas biológicas que lo han ayudado a sobrevivir en una gran variedad de circunstancias adversas. Seleccionando a los caballos silvestres más mansos y cruzándolos con las yeguas más dóciles logró criar animales de trabajo obedientes y sumisos que con tan solo un leve fuetazo pueden ser aplacados y hacen lo que su amo demande de ellos.

El perro debe de ser una de las más impresionantes creaciones del hombre, a partir de lobos hostiles y agresivos logró crear una nueva y amistosa especie, el *canis lupus familiaris*, con una enorme diversidad de formas que a veces hace difícil creer que, por ejemplo, un chihuahuero y un gran danés tengan abuelos en común. Generaciones de criadores, sin requerir de tecnologías sofisticadas, han modificado a modo los genes de sus sirvientes animales. Los comportamientos tan específicos que muestran algunas razas de perros, como los diferentes tipos de sabuesos y cobradores, son evidencia de la impresionante habilidad de su criadores de inculcarle a sus creaciones formas de ser que les sean de provecho de acuerdo a sus necesidades y forma de sobrevivir. También es curioso como muchas de estas especies y especies híbridadas, como las ornamentales, no tendrían ninguna posibilidad de sobrevivir de forma silvestre lejos de un hombre que los sirva y proteja. El hombre no solo ha diseñado animales para ser servido por ellos —a excepción quizás, para servirles de compañía y como fuentes de belleza—, muchas son las personas que se sacrifican a sí mismas para alimentar y cerciorarse que sus animales, que no hacen nada más que dormir todo el día, lleven vidas felices. Otro de los animales que el hombre ha creado es el *gallus gallus domesticus* que durante siglos ha sido fuente de alimento, entretenimiento (como en la peleas) y parte integral de rituales y ceremonias religiosas. Los huevos que cada mañana, con aparente indiferencia, la gallina regala a su amo y dueño, el hombre, se han vuelto parte esencial de su dieta en todos los continentes. El *gallus gallus domesticus* es el ave más común en el mundo, por mucho superando a su creador en número de habitantes. El canto del gallo es uno de los sonidos más comunes en la Tierra y sería todo un reto encontrar algún lugar en el mundo donde no se pueda escuchar. Y ese es precisamente el problema que tengo.

Me es imposible explicar como el hombre ha podido crear perros que apuntan con la pata la posición de un pobre conejo o plantas que producen succulentas flores y dulces frutas que jamás podrían existir en la naturaleza, pero nadie ha podido criar un maldito gallo que no cante. Ni siquiera he sabido de alguna variedad de gallo que cante a un volumen bajo o que cante una melodía más agradable como la de un clarín. El

único refugio de su terrible e irritante cantar es, irónicamente el lugar más ruidoso del mundo, la ciudad. En muchas ciudades está permitido tener gallinas, pero no gallos y si me preguntan a mí, tiene todo el sentido del mundo. Si tu vecino tuviera un gallo cerca de tu ventana es casi seguro que tu calidad de vida se vería gravemente afectada porque ni siquiera es posible entrenar a un gallo para que no cante.

Las consecuencias de no dormir bien han sido ampliamente estudiadas y está muy claro que sus efectos adversos sobre la salud merecen ser tomados con seriedad. Demasiados recursos del erario público se gastan anualmente en atender enfermedades relacionadas con la falta de sueño y por lo tanto tiene sentido que esas alarmas biológicas, conocidas como gallos, estén prohibidas en muchas de las ciudades del mundo más o menos civilizadas. Si algún genio visionario —porque aparentemente eso es lo que se necesita— lograra criar un gallo que no cantara, podría hacer una enorme contribución al combate a la desnutrición y a los trastornos del sueño que afectan a tantas personas en el mundo.

Pero ese genio visionario no ha llegado y mi vecino tiene a un gallo ronco junto a mi ventana. Traté de razonar con él y explicarle mi situación, de como no podía dormir y me estaba afectando la salud y los nervios. De entre sus dientes podridos y el tufo a posh que seguramente llevaba fermentándose en su boca por ya algunos días, me informó que era su gallo, era su casa y podía hacer lo que se le diera su rechingada gana. Al expresarle mi molestia por su falta de civilidad y empatía y por ser, lo que yo considero, un mal vecino, él respondió expresando sus quejas hacia mi persona. Fui acusado falsamente de tocar el tambor y de fumar marihuana en el techo, se quejó de que el humo flotaba hasta su casa y estaba drogando a su bebé. También me acusó de llamarme Tomás, pero hasta donde yo tengo entendido, ese no es mi nombre cristiano. Traté de explicarle que esa persona de la cual se estaba quejando ya no vivía en la casa que yo rentaba desde hace ya muchos años.

«¿No te acuerdas de mí?», le pregunté, «Hace unos días te dejé treparte a tu casa por mi techo porque andabas bolo y tu mujer no te quería abrir la puerta. Y te caíste encima de las láminas y las doblaste todas y ni te dije nada».

Creí que mi explicación sobre el malentendido había sido clara ya que no era muy compleja, pero el vecino ni remotamente la entendió. Al fijarme en su mirada que parecía estar siguiendo una lenta e invisible mosca que volaba frente a su cara amarillenta y grasosa, me di cuenta de que lo había agarrado en un mal momento y que probablemente debería ir a buscarlo otro día en el cual se encontrara en un estado un poco más razonable.

Pasaron algunos días y yo seguía sin dormir. No podía trabajar, no podía coger, no podía pensar, me dolía la cabeza, estaba de mal humor todo el

tiempo; mi novia ya no me aguantaba y me decía que era un exagerado que ella podía dormir perfectamente bien, que no era para tanto.

Como sabía que convencerlo de llevar su gallo a otro lado iba a ser imposible, me compré los mejores tapones para oídos que pude encontrar. Pero de nada sirvió. Aún con los orificios de los oídos completamente tapados por una goma amarillenta, el canto del gallo, que parecía hacer gárgaras con grava a cualquier hora de la noche, me seguía taladrando el cerebro. Pasaba las noches maldiciendo a mi vecino, al gobierno, a la cultura mexicana, a Darwin, a la policía, al universo, a los criadores de animales y, desafortunadamente también, al pobre e inocente gallo que no tenía la culpa de nada. Me pasaba noches enteras fantaseando actos violentos que quería cometer en contra de mi vecino. Nunca antes había tenido pensamientos así, el sueño estaba despertando en mí la violencia y la crueldad. Estaba dispuesto a todo con tal de volver dormir.

Pero una tarde que me sentía tranquilo y capaz de ser paciente y conciliatorio, intenté una vez más razonar con el borrachito de mi vecino.

—¿A ti no te molesta? —le pregunté, de inmediato percatándome de lo estúpido de mi pregunta.

—Qué me va a molestar, si yo lo compré el gallo pa' mi hijita, si es gallo de pelea, pue'. Me costó quinientos baros, es de raza, no es de mercado. Si lo querés, dame los quinientos —me respondió como si tuviera agua hirviendo en la boca, otra vez andaba bolo.

—¿Y yo para qué chingados quiero un gallo? —le dije hastiado de estar tratando con un papanatas con posible daño cerebral que ahora me estaba tratando de chantajear.

—Ni un vecino se ha quejado, si casi todos tienen gallo. No lo voy echar al caldo, se va a poner triste mijita.

Empecé a considerar que tal vez no trabajaba lo suficientemente duro y por eso me era tan difícil dormir. Quizás a ninguno de mis vecinos le molestaba el ruido de los animales porque en las noches caían como muertos después de pasarse todo el puto día rompiéndose el lomo y, por necesidad, se despertaban antes del amanecer cuando la sinfonía disonante llega a su clímax.

«Más triste se pone de ver al tarado de su papá bolo todos los días», quise decirle, pero estaba esforzándome para mantener el diálogo lo más cordial posible.

—Yo no te estoy diciendo que lo mates, al contrario, quiero lo saques de esa pinche jaulita y te lo llesves a otro lado donde pueda estar suelto.

Pobrecito. ¿A ti te gustaría que te metieran en una jaula?

—No lo voy a echar al caldo, si es de mi hijita, es de raza. Me va a decir: «¿Papi, por qué lo matastes mi gallo?» —me dijo mientras apretaba los ojos y sacudía la cabeza.

—¿Y a poco tú crees que un gallo de pelea es una buena mascota para una niña? —le dije convencido de lo razonable de mi argumento, pero claramente mi interlocutor estaba malito de su razón.

—Dame los quinientos y ya te lo llevas. Hacés lo que querás con él.

—No quiero un gallo vos, agarrá juicio, pue' —le dije torpemente tratando de imitar su dialecto y acento con la inútil esperanza de crear una especie de rapport.

—No lo voy a echar el gallo al caldo, pinche Tomás, ya te dije.

—No soy Tomás. Por qué no mejor le consigo una mascota a tu hija, una que no haga ruido y que pueda jugar con ella —y se me ocurrió lo que en el momento creí era una buena idea—: un conejo, un conejito le va a encantar, puede jugar con él, lo puede acariciar, uno bien bonito, de raza, pue'.

Para mi sorpresa aceptó y al día siguiente temprano me fui al mercado a buscar un conejo. Llegué a la sección de animales vivos, uno de los rincones más infernales de la ciudad, donde amontonan a todos los animalitos domesticados dentro de jaulas oxidadas y el olor a heces y a lagrimas de cerdo es insoportable. Había perros, peces, cochis, borregos, y por supuesto gallos y gallinas, pero nadie vendía conejos. Le pregunté al señor que vendía los pollitos, que por alguna extraña razón los tenía a todos pintados de turquesa y magenta, si sabía donde podía conseguir un conejo.

—¿De rancho o de raza? —me preguntó.

—No sé, lo quiero de mascota, para un regalo —le respondí sin entender la diferencia.

—¿Para comer o...?

—No, solo de mascota, para tenerlo ahí nomas.

—Ah, bueno. Sí tengo unos, pero hasta mi casa, si querés lo voy a traer el conejito, nomas que no muy están grandes, están tiernitos todavía.

El hombre se fue y me dejó encargado de su negocio. «Pobres animales», pensé. Ninguno parecía haberse resignado a su cautiverio y con miradas

nerviosas parecían estar buscando el cuchillo que los sacaría de su miseria. Noté la frialdad con la que los vendedores vecinos manejaban a su mercancía viva. Agarraban y aventaban a los animales con tal indiferencia y con una cara de aburridos que me hizo cuestionar quién sufría más, el vendedor de animales o los animales. «Los animales», concluí. Me imaginé liberándolos a todos y los vi corriendo enloquecidos por los angostos y abarrotados pasillos del mercado sembrando el pánico a su paso, los borregos embistiendo con sus cuernos a viejitas indefensas y abalanzándose sobre las hermosas verduras que los habían tentado tanto por tiempo, una manada de cachorros mordiendo al carnicero para quedarse con el sangriento motín.

Cuando ya me empezaba a marear el olor a mierda y a caldo de mercado, llegó el hombre con el conejito que parecía muerto de miedo. Era hermoso, blanco con gris y con parches cafés en los ojos. Lo tomé y lo comencé a acariciar, quería hacerlo sentir seguro, pero temblaba inconsolablemente. Le dije al comerciante que me lo llevaba y cuando le entregué el dinero me dio una bolsa de plástico negra. Por un segundo me quedé pensando para qué era la bolsa y cuando por fin entendí, se la regresé, le dije que no la necesitaba. Le compré una cajita de cartón a la señora que vendía hortalizas, le hice unos hoyitos, metí al aterrado conejo junto con unas lechugas y dejé atrás al infierno de animales condenados que seguramente se habían portado mal en otra vida.

Fui a buscar a mi vecino, pero no estaba. Su esposa, junto a su hijita de más o menos seis años, con cara melancólica me dijo que se había ido a trabajar —ni ella se lo creyó. Confundida, la niña recibió la cajita y cuando la abrió se le iluminó la cara, de inmediato sacó al tierno conejito con cuidado y lo abrazó emocionada. Su mamá me agradeció y me explicó que ella no estaba enterada del acuerdo al que había llegado con su esposo, pero dijo que el gallo le daba igual de cualquier forma. Me preguntó si no salía muy caro darle de comer y bromeó con echarlo al caldo. Yo fingí reírme. Cuando cerraron la puerta me di cuenta de lo que había hecho, de a quién le había entregado al pobre animalito. Me dolió el corazón y pensé en tocarles y pedirselos de regreso, pero tuve que aceptar que ya era demasiado tarde.

Después de todo, mi vecino cumplió su palabra y esa misma noche me llegó un olor a caldo de pollo que traté de ocultar cocinando un platillo de verduras con mucho ajo y cebolla. Por primera vez en mucho tiempo, me quedé dormido en completo silencio, seguramente con una sonrisa dibujada en la cara. Tuve varios sueños triviales seguidos de un sueño en el que un gallo entraba a mi cuarto y empezaba a cantar como el Buki:

«Morenita cuanto añoro estar contigo,

sin ti en esta soledad.

Me estoy muriendo,

yo no entiendo como sucedió,

que el destino de tus brazos me arrancó».

Angustiado y sudando frío, me desperté, mi novia dormía profundamente. Mis ventanas retumbaban y debajo de esa música horrible que estaba puesta a todo volumen, apenas alcanzaba a escuchar a mi vecino cantándole apasionadamente a su morenita. «Que alguien por favor críe al puto *homo domesticus*», rogué en la obscuridad.